

UNA NUEVA VISIÓN DEL MUNDO. ¿EL COMIENZO DE LA GLOBALIZACIÓN?

Juan RODRÍGUEZ GARAT



(retirado)

Estos nuestros españoles que en esta nao ahora volvieron, habiendo dado una vuelta al universo orbe, nunca han topado, visto ni podido saber ni menos oír en todo lo que han andado, que ahora ni en tiempo alguno haya habido ni haya los semejantes hombres monstruosos.

Maximiliano Transilvano, secretario del emperador Carlos V

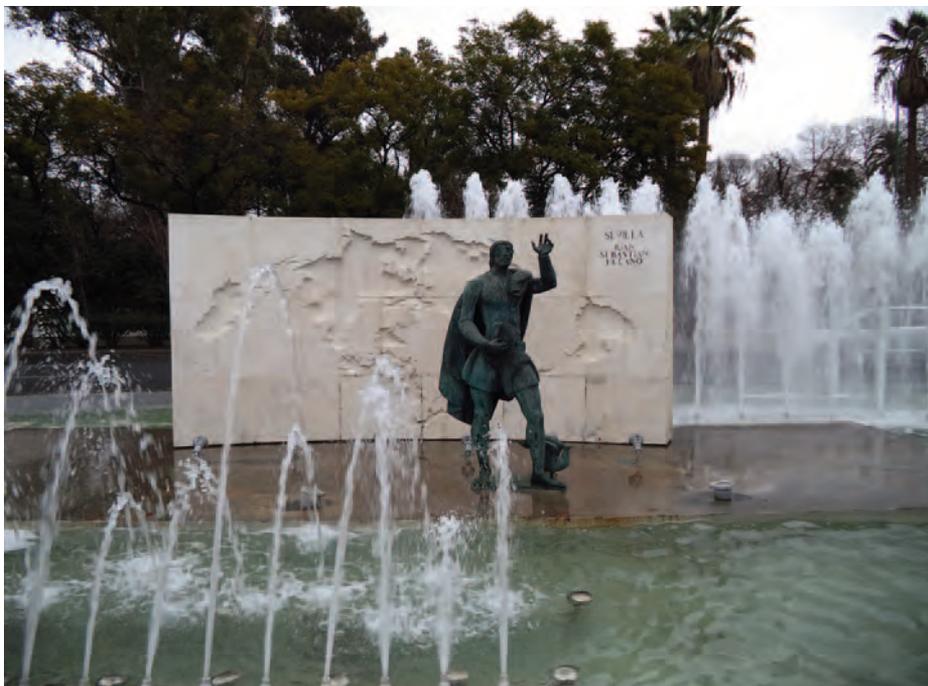
El color del cristal



ECÍA Campoamor que «en este mundo traidor nada es verdad ni mentira: todo es según el color del cristal con que se mira». Quizá se haya agarrado a este pensamiento la prestigiosa *BBC* cuando recientemente ha hecho pública la decisión de otorgar tiempo en sus emisiones a los argumentos de los terraplanistas; aunque, de justicia es decirlo, «no obtendrán tanto espacio como las personas que creen que la Tierra es redonda» (1).

Sin duda exageraba el poeta, obligado por su profesión a escribir frases redondas, con gancho y, por si eso fuera poco, sometidas a la tiranía de la rima consonante. Las verdades objetivas sí existen. En realidad, la Tierra es redonda y, como puede comprobarlo quien lo desee, su forma nunca debiera ser

(1) Según publica *The Guardian*, esto es lo que, en aras de la imparcialidad, ha prometido el director editorial de la *BBC* —un tal David Jordan, a quien no tengo interés por conocer— en una intervención ante un comité de la Cámara de los Lores el pasado día 11 de enero.



Monumento a Juan Sebastián Elcano en Sevilla. (Foto: www.wikipedia.org)

motivo de debate... por más que algunos británicos podrían estar dispuestos a llegar a cualquier extremo, incluso a abrazar el terraplanismo, solo para restar valor a la hazaña de un marino español: Juan Sebastián Elcano.

La cosa cambia, sin embargo, cuando en lugar de cuestionar los hechos lo que se discute es su valoración. Sí, la Tierra es redonda, y Elcano y sus hombres fueron los primeros en darle una vuelta completa; pero, ¿qué es lo que esa primera circunnavegación aportó a la historia de la humanidad? Eso, reconozcámoslo, depende de lo que cada uno quiera demostrar.

Para quienes hoy defienden la globalización —y, en particular, la acepción económica de esa palabra hoy tan de moda, que intuitivamente relacionamos con la interconexión de los mercados de todas las naciones— es un honor remontar su particular historia a hace nada menos que 500 años, y lo es también tener al marino vasco como su primer valedor.

Cada uno puede hacer de su capa un sayo, pero ¿de veras creemos que Juan Sebastián Elcano se sentiría a gusto en ese papel? O, para reformular la pregunta en el terreno de juego definido por Ramón de Campoamor, ¿cómo de grueso tiene que ser el cristal que permita reconocer en la Armada de la

Especiería una herramienta, aunque sea primitiva, de lo que hoy llamamos globalización? (2).

La voz del protagonista

Reconozcamos que no son solo los economistas quienes quieren arrimar el ascua de la hazaña de Elcano a su particular sardina. Mientras celebramos el V centenario, se multiplican las causas que quieren hundir sus raíces en un terreno tan fructífero como el de la primera vuelta al mundo: el nacionalismo —ya sea vasco, español o incluso portugués— y también su contrario, el europeísmo; el ecologismo, que añora los mares limpios que surcaron los expedicionarios; las tendencias globalizadoras de todas las naturalezas y hasta el feminismo, hoy presente en todos los debates. Entre las propuestas más traídas por los pelos se encuentra la de quienes han querido encontrar una primera piedra del reconocimiento que se merece la mujer en una frase de las instrucciones que el rey dio a Magallanes. Una frase, además, que suele citarse sacada de contexto: «... y, sobre todo, de ninguna manera habéis de consentir que ninguna persona toque a mujer...». Bien está, desde luego, que el monarca ordenara extremar el respeto a las mujeres, pero las razones en las que basa su exigencia desmienten cualquier posible interpretación en clave feminista. No es por respeto a ellas, sino a los que, con los valores de la época, pudieran considerarse sus dueños o sus protectores. Así termina la instrucción del monarca: «... a causa de que en todas aquellas partes hay gentes que por esto, antes que por otra cosa, harán cualquier daño o rebelión...».

Nada cabe oponer a que el brillo de la primera circunnavegación ilumine cualquier causa justa. Pero tampoco está de más que, en aras del rigor, escuchemos la voz del principal protagonista. Juan Sebastián Elcano, en la carta que escribe al monarca desde Sanlúcar, habla de descubrimientos (3) y de sacrificios (4), de entrega al servicio (5) y de reconocimiento (6), de riquezas (7) y acuerdos de

(2) La RAE define globalización, en su cuarta acepción, como el «Proceso por el que las economías y mercados, con el desarrollo de las tecnologías de la comunicación, adquieren una dimensión mundial, de modo que dependen cada vez más de los mercados externos y menos de la acción reguladora de los gobiernos».

(3) «Primeramente llegamos a los 54 grados al sur de la línea equinoccial, donde hallamos un estrecho que pasaba por la tierra firme de V. M. al mar de la India».

(4) «... en cinco meses, sin comer más que trigo y arroz y bebiendo solo agua, no tocamos en tierra alguna...».

(5) «... resolvimos, de común acuerdo, morir antes que caer en manos de los portugueses».

(6) «Suplico a V. M., por los muchos trabajos, sudores, hambre y sed, frío y calor que esta gente ha padecido en servicio de S. M., les haga merced de...».

(7) «... en cuyo camino descubrimos muchas islas riquísimas, entre las cuales estaba Bandam, donde se dan el jengibre y la nuez moscada...».

amistad (8). Pero todo ello, a los ojos del héroe, palidecía frente al hecho histórico, frente a la hazaña en sí: «... y más sabrá V. M. que aquello que más debemos estimar y tener es que hemos descubierto y dado la vuelta a toda la redondez del mundo, que yendo para el occidente hayamos regresado por el oriente».

Las cosas en su sitio

Pongamos entonces las cosas en su lugar: la gesta de Elcano y la llegada del hombre a la Luna —otra de las grandes hazañas de la humanidad— no se hacen valiosas por sus resultados prácticos, bastante escasos, al menos en el corto plazo. Es al revés. Son dos aventuras tan grandiosas, tan ejemplares y tan completas —en ambos casos, el heroísmo de unos pocos vino a culminar la proeza de un pueblo (9) y fueron a su vez fruto del progreso científico de toda la humanidad (10)— que se bastan a sí mismas para iluminar otras causas, para impulsar otras empresas, para hacernos a todos levantar la vista y mirar más lejos.

La pregunta correcta

Dicho esto, ¿qué hay de la globalización? Después de reiterar que la posibilidad, meramente académica, de haber abierto el camino a la actual interconexión de los mercados —que tiene sus partidarios, pero también sus detractores— no vendría a añadir un ápice de gloria a la primera circunnavegación, podemos centrarnos en responder con rigor a la pregunta inversa: ¿pueden presumir los apóstoles de la globalización de que la llamada Armada de la Especiería fuera el punto de partida de este largo proceso?

(8) «La paz y amistad de todos los reyes y señores de aquellas islas, firmadas por sus propias manos, traemos para V. M...».

(9) No es posible entender la España de los descubrimientos sin conocer la prodigiosa historia de las marinas medievales de Castilla y de Aragón, como no es posible entender la llegada a la Luna sin reconocer el esfuerzo de la sociedad norteamericana de la época.

(10) No importa reconocer que no fueron los españoles quienes inventaron el timón de codaste, concibieron las aplicaciones náuticas de la aguja magnética o desarrollaron la astronomía para hacer posible la navegación de altura. Tampoco fue en los Estados Unidos donde Wernher von Braun diseñó los primeros cohetes que, andando el tiempo, llevarían al hombre a la Luna.

Las especias, ¿semillas de la globalización?

Empecemos por el objetivo de la expedición de Magallanes que, como es bien sabido, no pretendía dar la vuelta al mundo, sino hacerse con el monopolio de la mercancía más lucrativa de su época. Sin negar las enormes diferencias de contexto, bien podría decirse que las especias tenían, a principios del siglo XVI, un papel comparable al que hoy juegan el petróleo o el gas natural. En ambos casos, unos conflictos bélicos en el este de Europa —ya fuera entonces la caída de Constantinopla o ahora la invasión rusa de Ucrania— habían comprometido el acceso de los europeos a un producto muy valioso para el que no había alternativas claras en los mercados. En ambos casos, la explotación comercial de tan costosas materias primas con-



Globalización. (Imagen: www.wikipedia.org)

tribuía a financiar campañas militares de conquista. Unas campañas éticamente más aceptables, es verdad, en los comienzos de la Edad Moderna que en pleno siglo XXI, cuando lo que hace Putin con los beneficios de la venta de su gas natural parece ya no solo criminal, sino anacrónico.

Es probable que las especias, enormemente apreciadas mucho antes de que el petróleo llegara a nuestras vidas, hayan tenido un papel importante como semilla de la globalización. Pero una reflexión honesta inevitablemente conduciría a reconocer que si así fuera no podríamos presumir de que la vuelta al mundo tuviera algo que ver con el comienzo de este proceso. El coronel Contreras, en esta REVISTA (11), nos da detalles sobre las rutas terrestres por las que circulaban las especias desde muchos siglos antes de que los portugueses, a través del océano Índico, y poco después los españoles, por el Pacífico, fueran capaces de ofrecer alternativas marítimas.

(11) CONTRERAS FERNÁNDEZ, Pedro: «El protagonismo de las especias en el largo camino hacia la globalización». REVISTA GENERAL DE MARINA, agosto-septiembre, 2019.

La Armada de la Especiería, ¿herramienta globalizadora?

Se ha afirmado muchas veces que, en realidad, por más que la Armada de la Especiería escribiera una de las páginas más gloriosas de la historia de la humanidad, fracasó en su propósito (12). De todos los cronistas de la época, es Maximiliano Transilvano, secretario del propio emperador, quien mejor resume la razón de ser de la expedición. Él nos recuerda que Magallanes se apoyaba en una creencia que entonces empezaba a ganar adeptos: que la ruta portuguesa a las Molucas era tan larga que, en un mundo que se creía bastante más pequeño, las preciadas islas tenían que estar en el lado castellano del reparto acordado por el Tratado de Tordesillas (13). Convencido de que así era, el marino portugués prometió al monarca que «si S. M. enviase sus naos y armadas, no por el viaje oriental que los portugueses hacían, sino por la parte de los mares de occidente... se podrían traer a Castilla... gran copia de especiería a muy menor costa que la traían los portugueses de Malaca y Calicut» (14).

Las dos hipótesis de Magallanes se demostraron falsas. Hoy sabemos que las Molucas estaban en zona portuguesa, aunque la inexactitud de los medios de navegación de la época permitió mantener vivo este debate algunos años más. Lo que sí se hizo evidente desde el inesperado regreso de Juan Sebastián Elcano fue que el camino a las islas de las Especias a través del estrecho de Magallanes y el océano Pacífico era más duro, más largo y más difícil que la ruta portuguesa alrededor de África. Solo uno de los cinco buques de la Armada de la Especiería pudo regresar a Sevilla después de tres años, y aún peor fue el balance de la expedición de García Jofre de Loaysa, en la que el propio Elcano encontró la muerte. Todo ello, añadido a la dificultad de encontrar la ruta que hiciera posible el tornaviaje —problema que resolvió de forma brillante Urdaneta, pero nada menos que 43 años después de la primera vuelta al mundo—, contribuyó a que Carlos V firmara el Tratado de Zaragoza en 1529. A cambio de una cuantiosa compensación económica, el tráfico de las especias quedaba en la práctica en manos de los navegantes portugueses. Fue el océano Índico, y no el Pacífico, el que salió temporalmente reforzado por el acuerdo de los monarcas.

Es obvio que si la Armada de la Especiería hubiera tenido un propósito globalizador, no lo habría alcanzado. Pero, ¿lo tenía? ¿Qué hay de globalizador en las Capitulaciones de Valladolid? Desde las primeras líneas, el rey deja claro

(12) Hay quien argumenta, con razón, que la venta del clavo cargado en la nao *Victoria* dio para cubrir los gastos de la expedición. Pero, reconozcámoslo, se esperaba mucho más de la inversión efectuada.

(13) En palabras de Transilvano, «era ya tan larga aquella su navegación por las partes orientales... que la ciudad de Malaca y el gran golfo del mar de los Sinas caía y estaba dentro de los términos del rey de Castilla». Relación escrita por Maximiliano Transilvano. Biblioteca de Manuscritos de la Real Academia de la Historia.

(14) *Ibidem*.

qué es lo que a cambio de su apoyo exige a Magallanes: «... descubrir en los dominios que nos pertenecen y son nuestros en el mar Océano, dentro de los límites de nuestra demarcación, islas y tierras firmes y ricas especierías...» (15). No hay indicio alguno de globalización en esta tarea. Más bien al contrario, se trata de beneficiarse del reparto del mundo acordado en Tordesillas. Insiste el monarca: «El cual descubrimiento habéis de hacer, con tanto que no descubráis ni hagáis cosa en la demarcación y límites del serenísimo rey de Portugal, mi muy caro y muy amado tío y hermano...» (16). Hace falta un cristal de colores muy vivos para ver en el Tratado de Tordesillas más espíritu globalizador que en el Telón de Acero que dividió el mundo durante la Guerra Fría y que, si nadie lo remedia, se cierne otra vez sobre algunas naciones de la Europa oriental.

Si no había voluntad de globalización política, ¿qué decir de la económica? Ordena el emperador «que hallando naos en la mar e puertos donde llegarais que vengan de otras partes donde vos pareciere que Nos ni nuestros naturales no podemos tener trato con ellos siendo gentiles, que los amonestéis que más no vengan a tratar en aquellas partes sin nuestra licencia...» (17). Una instrucción así deja claro que no se busca la libre interconexión de los mercados —no tendría sentido hacerlo en el siglo XVI—, sino precisamente lo contrario: la explotación de las especias en régimen de monopolio.

El galeón de Manila

Todavía bajo el mando de Magallanes, la Armada de la Especiería alcanzó dos hitos que, sin que puedan identificarse con rigor como el comienzo de la globalización, sí forman parte del largo camino que la hicieron posible: el descubrimiento del estrecho de Magallanes y el cruce del océano Pacífico. Son, sin duda, dos objetivos de enorme mérito náutico, igualmente merecedores de figurar en la historia de la humanidad, pero de valor real muy diferente. De poco sirvió al comercio mundial el estrecho descubierto por el marino luso, tan difícil de cruzar en los tiempos de la vela y tan alejado de las rutas marítimas principales en la actualidad. Por el contrario, la llegada de la expedición a las islas Filipinas, atravesando un inmenso océano en cumplimiento de las exigentes órdenes del rey (18), fue la semilla que otros héroes españoles como Urdaneta o Legazpi hicieron crecer poco a poco hasta convertir el Pacífico en un «lago

(15) Capitulaciones de Valladolid.

(16) *Ibidem*.

(17) «Instrucción que Carlos I dio a Fernando Magallanes y Ruy Falero en relación con el viaje para el descubrimiento de las islas del Maluco...», en *Expediciones desde 1519 hasta 1697*. Tomo 1. Biblioteca Virtual de Defensa.

(18) *Ibidem*. Así lo dispone el monarca español: «... que no vos dé pena el mucho andar por la mar, sino que trabajéis por descubrir la más tierra que pudiéredes...».

español», surcado cada año por los galeones de Manila, buques míticos a bordo de los cuales los marinos españoles protagonizarían una verdadera hazaña histórica que duraría dos siglos y medio. En esta singular proeza sí podemos encontrar, si no el comienzo de la globalización económica, al menos uno de los pasos más dignos de ser recordados.

La otra globalización

Mucho más importante que ese proceso de globalización de la economía —que no termina de encontrar el punto de equilibrio que satisfaga las necesidades reales de los seres humanos— es el de la globalización de las ideas. Un proceso prolongado en el tiempo que, sin aspirar a confundirlos, tiende a aproximar los valores de las distintas naciones de la Tierra en torno a conceptos que en buena parte son herederos del humanismo renacentista que inspiraba a Europa en la época en la que se completó la vuelta al mundo.

No carecía de razón el historiador británico Toynbee cuando escribió el que quizás continúe siendo el mejor elogio a las hazañas de marinos como Magallanes y Elcano: «Expandieron el horizonte de la sociedad a la que representaban hasta que llegó a abrazar todas las tierras habitables y los mares navegables del globo. Se debe a esta energía ibérica el que la cristiandad haya crecido, como el grano de mostaza de la parábola bíblica, hasta haberse convertido en un árbol en cuyas ramas han venido a anidar todas las naciones de la tierra» (19).

Las palabras de Toynbee reivindicando la herencia española y europea en el mundo suenan, en el siglo que nos ha tocado vivir, bastante anticuadas. Satisface más a los historiadores de hoy el elogio del indigenismo que la defensa de la aportación cultural que las naciones entonces más avanzadas llevaron consigo a las menos desarrolladas (20). Se cuestiona —con los valores del siglo XXI como injusta vara de medir— lo hecho por descubridores y conquistadores hace más de cinco siglos. En un alarde de injustificada soberbia, se derriban sus estatuas, olvidando muchas veces que si ahora podemos elegir entre hacerlo o no se debe mucho más al esfuerzo de quienes abrieron los caminos del mar a los vientos de libertad que nacían en Europa que a quienes hoy encabezan las manifestaciones de protesta en su contra.

Nadie puede negar que el mundo actual es más humano que el de hace cinco siglos. Las barbaridades cometidas por el ejército ruso en Ucrania pasarían desapercibidas en la Francia de Napoleón y se considerarían inusual muestra de benevolencia si fuera Atila, el huno, quien las hubiera protagonizado. Aunque

(19) TOYNBEE, Arnold J.: *Estudio de la historia*.

(20) Recomiendo al lector que si tiene ocasión vuelva a ver la parodia de Monty Python sobre el legado de los romanos en Judea en la *La vida de Brian*.

con altibajos, la humanidad ha progresado mucho en el campo de las ideas, y lo ha hecho de forma global. Es en este otro proceso de globalización, la del pensamiento, donde la hazaña de Elcano juega un papel clave. Porque del regreso a Sanlúcar del marino vasco no solo se deduce que la Tierra sea en verdad redonda, navegable y bastante más grande de lo que entonces creía la mayoría, sino también que el planeta no esconde terrores indescritibles que superan al hombre, ya que está todo él a disposición de nuestra especie como un verdadero hogar. Se concluye por último, como acertadamente enfatizó Transilvano, que no existen los cíclopes, los gigantes o las sirenas. Que los seres humanos que habitan las distintas «islas y tierras firmes» son, todos ellos, parte de la misma humanidad.

Sobre esta realidad, de origen europeo y cristiano, se ha venido construyendo el edificio que hoy alberga algunos de los más importantes logros de nuestra especie, como la Declaración Universal de los Derechos Humanos o el Derecho Internacional Humanitario. Es verdad que queda mucho por hacer para justificar esa imagen y semejanza de Dios que tenemos por legado, pero Juan Sebastián Elcano y quienes le acompañaron ya recorrieron su parte del camino. Bien merecen las palabras de reconocimiento que les dedica Transilvano para finalizar su tantas veces mencionada relación: «Son por cierto estos diez y ocho marineros que con esta nao aportaron a Sevilla más dignos de ser puestos en inmortal memoria, que aquellos argonautas que con Jason navegaron y fueron a Cólchides».

Tenía razón el secretario del emperador. Pero no solo porque los marinos de la nao *Victoria* hubieran llegado mucho más lejos que los míticos héroes griegos, sino porque lo que ellos consiguieron es mucho más importante que el vellocino de oro de la leyenda: la revelación de un planeta a medida de los seres humanos que lo poblamos.

